

DEMOCRACIA Y EDUCACION

POR

NARCISO JUANOLA SOLER

Creo que sería útil que, para empezar, planteáramos dos «dogmas»: el de Derrick (1) y el de Chesterton. Estos afirmaron algo muy parecido: el primero, que «un pato es un pato»; el segundo, que «un cerdo es un cerdo». Y hay que caer en la cuenta de que este fundamento, esta base, este credo, podríamos decir, es a la vez que obvio, importantísimo.

En efecto, con estas afirmaciones que, al fin y al cabo, son iguales, se toma como punto de partida el principio fundamental del «realismo»: el «ser» no puede «ser» y «no-ser» al mismo tiempo y bajo la misma relación, todo lo contrario de lo que se plantea desde el «culturalismo occidentalista» si seguimos las expresiones tan queridas por Sciacca.

La educación actual se centra en la potenciación de aquellas capacidades que son «apreciadas» en el «mercado». Por ello, los Centros de Enseñanza pasan a convertirse en centros de «escepticismo», puesto que centran toda su atención en fomentar aquellas «opciones académicas vendibles». Ya no hay «sabiduría», ya que se pierden las preguntas básicas: ¿Qué relaciones existen entre las distintas «opciones»?; ¿cuáles de ellas plantean realmente los problemas de las personas?; ¿qué respuestas se ofrecen a los problemas que plantea la condición humana? Como todo ello no interesa, el «nihilismo» hace acto de presencia y entra de lleno en la cultura.

La educación actual corre el peligro de alargar irresponsa-

(1) DERRICK, C.: *Huid del escepticismo*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1982.

blemente la niñez, al ofrecer una «mentalidad servil» que, delante de las materias educativas, se pregunta únicamente «para qué sirve», creando un mundo de «medios» (no de «fines»), un mundo que *El pequeño príncipe* hubiera rechazado (o que le hubiera obligado a efectuar un curso acelerado de marketing).

Cuando la educación debería ser «una educación "para" la libertad» nos encontramos con que no es más que «una educación "por medio" de la libertad». De ahí que nos hallemos en una especie de «supermercado de la formación», entendida, no como ejercicio sino como «mercancía», presentada en «paquetes», tan atractivos como inconexos. Así dice Derrick: «Los estudios que se suponen liberales, sin embargo —aquellos que pretenden valer la pena por sí mismos, puesto que se interesan por la naturaleza y el destino del hombre y por la comprensión de la realidad, por la sabiduría—, deben considerarse desde ahora como un echar canas al aire, una válvula de escape para las fantasías personales, y para el autoengaño» (2). Y más adelante, el mismo autor sigue diciendo: «La actual escena universitaria europea y americana está dominada por este concepto que podríamos llamar «La igualdad y autonomía democrática de las materias». Tiene un cierto sentido a nivel práctico: no se pueden obtener grandes resultados en ningún campo sin un alto nivel de especialización. Pero éste es un principio ilusorio si no lo matizamos fuertemente: se basa en la ignorancia, estudiada o escéptica, del hecho de que existe una jerarquía natural o secuencia de disciplinas, que existen cuestiones primarias y secundarias. El no reconocer esto es la razón fundamental del actual fracaso de la educación liberal» (3).

Los medios de comunicación actuales pretenden formar un público muy instruido, «muy leído», pero, «¿se conoce la sabiduría que da la libertad?», ¿podrá elegir con responsabilidad? Mucho es de temer que, en vez de todo esto, elija al azar, víctima de las presiones, del puro capricho, o bien por instinto.

(2) DERRICK, C.: *Op. cit.*, pág. 79.

(3) DERRICK, C.: *Op. cit.*, pág. 154.

En todo caso, la «filosofía» no ha lugar: su estudio sería como tratar con la locura humana. Así, se tratará de educar como aquel químico que hace juegos de laboratorio, sin ningún conocimiento real.

La educación actual está en una encrucijada «escéptica» y no hay que olvidar que el escepticismo es la píldora anticonceptiva en filosofía. La gente de hoy día hace puentes, pero, ¿debemos cruzarlos?, ¿por qué?, ¿para qué?

Las modas, las tendencias, los medios de comunicación de masas, las glándulas, la psicología, etc., son más importantes que la «verdad de los seres». Por ello, las ideas, en vez de basarse en lo que «son» las cosas, se fundamentan en los «deseos» sobre lo que han de ser las cosas: del «yo pienso» cartesiano, se ha pasado al «yo siento» empirista y al «yo quiero» niezscheano.

M. F. Sciacca (4) afirma que «el escepticismo no es sólo un error filosófico, sino que, además, es impiedad», por lo que una educación basada en él no es más que una educación impía, falla capital en la que incurre el actual democraticismo. En efecto, el rechazo de la capacidad natural para conocer la verdad conlleva la anulación de la necesidad (natural) de conocerla, de buscar la auténtica sabiduría. Ello supone una inhumanidad educativa que quiere, sin conseguirlo, hacer inaccesible la verdad. Así todo tipo de inmanentismo, subjetivismo, relativismo o fenomenismo. Todos ellos sugieren que no hay ninguna verdad que sea trascendente, que no hay verdad divina (ni humana), llegando al absurdo de pensar (?) que la mente humana es el único absoluto, aunque a la larga también se da cuenta de que tampoco esa consideración vale nada, meta a la que se llega desde una consideración nihilista del pensar y del obrar (historicismo, finitismo).

Tanto la «razón por encima de la razón», dice Sciacca, como la «razón por debajo de la razón, se sitúan en la impiedad».

(4) M. F. SCIACCA: *En espíritu y verdad (Filosofía y Religión)*, Edit. Escelicer, Madrid, 1955.

La vida académica, dice Derrick (5), la vida intelectual, no es sino un servicio y búsqueda de la verdad y la verdad es uno de los nombres de Dios. Y más adelante, en la misma página, sigue diciendo que la educación debería ser una actividad fundamentalmente religiosa, un modo de venerar... Así, todas las actividades educativas están orientadas hacia Dios, porque el tema es siempre Dios (6).

Al punto nos sale la «gran objeción» de Kant: ¡Heteronomía! (7). Pero el filósofo J. Pieper le da la réplica (8): también el hombre es un ser necesitado «en tanto que espiritual» y no puede, por lo tanto, circunscribirse la necesidad al ámbito físico-sensible o fenoménico. En definitiva, «no podemos querer no-ser felices». Cuando Kant plantea como finalidad ética al hombre, no dice cuál es el fin del hombre, es decir, deja la moral en suspenso y el hacerlo así denota una impiedad larvada. ¿Acaso su agnosticismo teórico y su fideísmo o existencialismo ético-religioso no ha sido la punta de lanza del ateísmo del mundo contemporáneo cuando éste ya no ha sentido la exigencia o necesidad de Dios?

Hay que superar en todas las cuestiones, más aún las educativas, la dicotomía «autonomía»-«heteronomía». El deseo natural de sabiduría, de verdad-bien-belleza, «no lo creo yo» (y, por lo tanto, no soy autónomo); tampoco «no viene de fuera» (y, por lo tanto, no se da heteronomía) (9): el deseo natural de sabiduría en la educación, que va íntimamente ligado a la piedad religiosa, como diría San Agustín, está en mí sin que yo sea

(5) DERRICK, C.: *Op. cit.*, pág. 136.

(6) DERRICK, C., *Op. cit.*, pág. 137.

(7) KANT: *Crítica de la razón práctica*, libro I, cap: I, párrafo 2 (tesis I): todos los principios prácticos que presuponen un objeto de la facultad apetitiva como motivo determinante de la voluntad, son empíricos en su totalidad y no pueden dar leyes prácticas.

(8) Véase la obra de J. PIEPER: *Entusiasmo y delirio divino (Ensayo filosófico sobre el diálogo platónico «Fedro»*, Edit. Rialp, Madrid, 1965, pág. 145.

(9) Ver el escrito de A. OROZCO: *La libertad y la ley moral*, Cuadernos M. C., núm. 35, Madrid, 1983.

su autor o su fuente. Por ello ese deseo es «liberador», porque la piedad es liberadora de todo mito y la base de una educación «integral».

El mismo Platón en el diálogo «Fedro» (10), después de haber escuchado el discurso de Lisias, por boca de Sócrates, afirma que lo oído denota una simpleza y una impiedad totales, además de transparentar una ingenuidad refinada y no decir nada verdadero ni sano (nosotros diríamos «nada educativo»).

En el «banquete» (11), Diotima, una mujer de Mantinea, dice que el amor lo es respecto de lo bello, de suerte que es necesario que el amor sea filósofo y, por ser filósofo, algo intermedio entre el sabio y el ignorante.

Sciacca, que en su etapa de formación intelectual, se inspiró profundamente en Platón, coincide totalmente con estas palabras (12) al escribir que en todo hombre hay sabiduría e ignorancia, estupidez e inteligencia, o sea, que en todo ser humano hay un Protágaros y un Sócrates que luchan y que sólo la «libertad inicial» (aceptación del propio límite y de la propia finitud), es el punto de partida eficaz de todo quehacer humano, sea o no directamente educativo.

Platón mismo, por boca de Fedro, acaba el diálogo con estas magníficas palabras:

«Querido Pan y todos los demás dioses de este lugar: concededme que llegue a ser hermano en mi interior y, exteriormente, que todo lo que poseo esté en amistad con lo de dentro. Que considere como rico al sabio, y en cuanto

(10) PLATÓN: «Fedro», 242b-234e.

(11) PLATÓN: «Banquete», 202e-204e.

(12) M. F. SCIACCA: Pueden consultarse las siguientes obras: *Filosofía e antifilosofía* (Marzorati Editore, Milano, 1973); *Gli arieti contro la verticale* (Marzorati Editores, Milano, 1972). —Ver el cap. V: «Cultura e anticultura»—; *L'oscuramento dell'intelligenza* (Marzorati Editore, Milano). Trad. esp., *El oscurecimiento de la inteligencia*, Gredos, Madrid, 1973.

a la fortuna material, la tenga tal cantidad que no pueda tomarla sobre sí ni transportarla sino al hombre sobrio».

También Platón veía claramente que la prisa conduce a la impiedad y la filosofía a la contemplación. Una razón socrático-platónica que, más adelante, junto a otras filosofías, se abrirá a la fe en la Palabra divina.

Por su parte, J. Balmes (13) afirmaba que se puede ser libre sin ser rebelde ni impío, que todo cisma engendra rebeliones y que la ausencia de principios morales y religiosos lleva en germen la creación de un nuevo Leviatán, de cuyas obras, en materias educativas, estamos sufriendo hoy día las consecuencias más nefastas (proyectos educativos tecnocráticos, eslóganes sexuales, inmoralidades públicas, etc.).

En educación, la relativización de la piedad provoca la relativización de la moral y ésta la progresiva liberalización de los comportamientos (14). Es normal, pues, que los que hablan de «Europa» lo hagan, no en base a su esencia (Atenas-Roma-Jerusalén, o sea, Razón-Derecho-Fe), sino por miedo a una hecatombe, o por utilidad pragmática.

J. Balmes, en su obra *El Protestantismo comparado con el catolicismo*, manifiesta constantemente que la negación de los derechos de Dios implica la negación de los derechos del hombre y que el rechazo de la religión conlleva la creación de las leyes más duras. Es, dice Balmes, la «omnipotencia de la impiedad», que niega la fuerza moral y se acoge a la fuerza física, que niega la unidad de la fe y promueve la discordia religiosa y la licencia de pensamiento. Y es que la libertad en materia de educación no puede fundarse en la increencia, en esa impiedad que «siempre vientos y recoge tempestades», en esa libertad de negar a

(13) J. BALMES: *El protestantismo comparado con el catolicismo*, Edit. B.A.C., Madrid.

(14) R. GÓMEZ PÉREZ: *Represión y libertad*, Eunsa, Pamplona, capítulo I, 5, págs. 62 y sigs.

Dios que, grita Balmes, «¡tampoco la queremos!», puesto que sólo conduce, o bien a la esclavitud, o bien a la anarquía (15).

También el Dr. J. Torras i Bages explica que la escuela neutra es un pecado contra natura, porque el hombre no es neutro y el eco de la voz divina no puede suprimirse nunca, so pena de realizar una amputación monstruosa. En efecto, la escuela neutra es impotente para educar la conciencia moral, puesto que toda educación supone una autoridad y sin Dios ésta no existe. La escuela neutra podrá ilustrar y hasta educar la inteligencia, hacer hombres instruidos, crear hábitos de estudio y aptitudes para los diferentes ramos de la actividad humana, pero la conciencia quedará sin cultivar, en estado salvaje, porque no habrá ninguna autoridad que la legisle. Por esto, dice Torras i Bages, vemos tanta muchedumbre de conciencias salvajes en nuestra sociedad civilizada.

La escuela neutra degenera rápidamente en escuela contra la religión católica por la propia naturaleza de las cosas. Todo depende de Dios y, sin El, la conciencia se desvanece. La educación no es sino cultivo y ordenación de la vida. Por esto el temor de Dios es principio de sabiduría y los hombres de todos los tiempos han mirado con repugnancia la «impiedad» y la han considerado origen de todos los males y principio de disolución social.

Convertir la escuela en un aprendizaje, prescindiendo de la educación moral, no es hacer una obra humana: es dar únicamente aptitudes externas, pero no es moldear al hombre. Con ello, es muy fácil desequilibrar a las personas. El hombre, sin conciencia, instruido y hasta sabio es el bruto más dañino: si es elocuente, reviste el crimen de tal elegancia de formas, que llega a obtener el aplauso de las multitudes sencillas.

No se pueden separar educación e instrucción, a no ser que se quieran formar monstruos, seres desequilibrados, infelices, sin

(15) J. BALMES: *El protestantismo comparado con el catolicismo*, vol. IV de las *Obras completas*, Edit. BAC, Madrid, 1967, consultar páginas 526, 543, 546, 549, 551-553, 570-576, 681, 702, 706, 711-717.

remedio, sin la brújula de la conciencia moral. Prescindir de la conciencia es algo inverosímil. La escuela neutra, de hecho, casi nunca resulta tal, ya que la conciencia, buena o mala, reclama sus derechos. La escuela, por su propia naturaleza, es edificativa y, en España, si no es cristiana, será destructiva. Los españoles, en religión, o son católicos, o no son nada. Convertir las escuelas en centros neutros de instrucción va contra el modo de ser del país y convierte la escuela en centro de destrucción religiosa. En todos los lugares, la escuela neutra ha de hacer hombres neutros y, al hombre la naturaleza no lo ha hecho así. Una sociedad de hombres neutros sería intolerable y no aguantaría, porque la naturaleza es irresistible y sincera. La escuela neutra, no siendo sincera, se descubre a sí misma y se revela como lo que es: enemiga del Cristianismo.

Torras i Bages, con diferentes palabras, pero con la misma idea de fondo que Balmes, Sciacca y tantos otros católicos fervientes han dicho que el escepticismo va de la mano con la impiedad y la escuela neutra. En efecto, en el escepticismo no hay regla y sin regla no hay conciencia moral. Por ello, el escéptico es un hombre sin conciencia; careciendo de regla, al no creer en ella, no puede tener conciencia y hará ley de su vida al propio temperamento, o bien a una teoría social de moda, sin raíces en la conciencia individual y falta de una sanción íntima. Entonces, habrá desaparecido la sociedad como comunidad, ya que somos todos hermanos por ser hijos de un mismo Padre, y le habrá sucedido la anarquía, que se intentará paliar, sin conseguirlo, con las leyes más duras.

En una sociedad escéptica sólo se encontrarán semihombres: la soberbia, aniquiladora del escéptico, la aniquilará también a ella. Puesto el contrapeso de las pasiones y apetitos no hará sino provocar desequilibrios constantes. De ahí que el escepticismo provoque en el hombre, en la educación y en la sociedad, una infelicidad e inseguridad.

La neutralidad significa la nada y una edificación ha de tener un fundamento fijo, firme y real. «La neutralidad, o bien

es una ilusión fatal, o una gran hipocresía que la impiedad se reviste para aniquilar más fácilmente el Cristianismo» (16).

El orgullo impío subyace en la raíz de la duda metafísica en educación, lo que Sciacca llamaba la «estupidez». En efecto, la filosofía científicista, nacida del «cogito» cartesiano, así como el pensamiento naturalista, han roto la conexión entre el asombro ante lo real y la adoración y la piedad, lo que es igual, entre el sabio y el santo. Por ello, la educación laicista está formando (?) a doctos laicistas y, al mismo tiempo, a pesimistas agnósticos, a hombres que no consienten el «límite» y que, en vez de adoptar la actitud de la «alteridad por amor», en términos sciacianos, acoge la «egoidad por odio» (17).

Hemos sufrido muchas «revoluciones», la «copernicana», la del «cogito», la «kantiana», la «marxista», la «nietzscheana», la «anarquista», la «liberal», etc. Ya va siendo hora de llevar a la práctica la «revolución de la piedad», la «revolución del espíritu», que no es, con palabras de Sciacca, «espíritu de revolución» (18). Esta «revolución» no consiste sino en la alegría de existir cara a Dios, reconociendo nuestra dependencia respecto a El (primer acto de piedad, o bien, en palabras sciacianas «libertad inicial» (19), viviendo en el temor (no angustia ni miedo) de Dios, obrando de manera que todas las cosas pequeñas de cada día sean hechas con visión sobrenatural.

Tanto el «superhombre» utópico de Nietzsche, como el hombre vacío de «nada» del existencialismo libertario y ateo (filosofías del absurdo), están por debajo del mundo pre-cristiano. ¿Habrà que re-descubrir de nuevo la razón socrática, el «Eros»

(16) J. TORRAS i BAGES: *Obras completas*: «Sobre la enseñanza. El hombre mutilado. La supremacía del poder civil o la fuerza de la ley y la fuerza de la gracia».

(17) M. F. SCIACCA: *El oscurecimiento de la inteligencia*, Edit. Gredos, Madrid, 1973, consultar la primera parte.

(18) M. F. SCIACCA: *La hora de Cristo*, Edit. Luis Miracle, Barcelona, 2.ª ed., 1961, consultar el cap. IV: «Subversión» antihumanístico-atéa y «revolución» humanístico-cristiana.

(19) M. F. SCIACCA: *La libertad y el tiempo*, Edit. Luis Miracle, Barcelona, 1967, ver la primera parte de la obra.

alado platónico y el realismo analógico aristotélico para volver a mostrar que nada se opone a que la ciencia se abra libremente a la fe sobrenatural?

L. Giussani comenta la paradoja del ser humano, que consiste en la consideración de la libertad como dependencia de Dios. El hombre, dice, depende y la esclavitud consiste en negar o censurar esta relación. La religiosidad no es más que la conciencia vivida de esta relación, por lo que la libertad auténtica se encuentra precisamente en la religiosidad. Y de ahí que la única rémora, la única frontera, el único límite a la dictadura del hombre sobre el hombre, la única objeción a la esclavitud del poder, la única, es la religiosidad (20). Ya lo decía San Agustín: «Hay quienes creen poderse purificar por su propio esfuerzo para unirse y contemplar a Dios; a éstos los enloda la soberbia... Se prometen estos orgullosos alcanzar la purificación por sí mismos, porque algunos entre ellos lograron con la perspicacia de su inteligencia elevarse sobre la criatura y vislumbrar algún tenue rayo de la inmutable verdad, y se mofan de los cristianos que viven de la sola fe, y no tienen aún sus conocimientos» (21).

J. Pieper, que nos habla de nuestra época como un momento histórico de apostasía y altivez; T. Goritcheva, que nos habla de ella como de un momento de autocomplacencia y de entropía moral, etc. (22), coinciden con San Agustín. Siguiendo sus orientaciones, no sólo hay que rechazar el mal, sino, además, lo más importante, lo que, según algunos, muere un día más tarde de morirse el interesado: la soberbia. ¡Tenemos derecho a or-

(20) L. GIUSSANI: *El sentido religioso. Curso básico de cristianismo*, vol. I, Ediciones Encuentro, Madrid, 1987.

(21) SAN AGUSTÍN: *De la Santísima Trinidad*, IV, 15, 20 (Sobre la presunción de los impíos).

(22) Pueden consultarse las obras de J. PIEPER: *La fe ante el reto de la cultura contemporánea*, Rialp, *El fin del tiempo*, Herder. También pueden verse las obras de T. GORITCHEVA: *Hablar de Dios resulta peligroso*, Herder, *Hijas de Job*, Herder, *La fuerza de la locura cristiana*, Merder, *La fuerza de los débiles*, Ediciones Encuentro, *Nosotros soviéticos conversos*, Ediciones Encuentro.

ganizar la vida cara a Dios!, superando la propia pereza, la propia timidez, el propio narcisismo.

Contra ese humanitarismo (?) pagano relativista, pragmático, que nos plantea una religión desdivinizada, una educación laicista agnóstica e implícitamente (y hasta explícitamente en algunas ocasiones) atea, una paz utópica intramundana, hemos de oponer la fuerzas de un alma buena, que hace justicia a la realidad, que es piadosa y valiente y no insensata ni intemperante (23). La negación volteriana del cristianismo llevó a un nuevo politeísmo y éste al culto de la diosa razón que, al poco, al verse que no era tal, desembocó en el escepticismo y en la indiferencia, o sea, en la impiedad, que no es más que «el intento de ser grandes y felices sin Dios» (24).

El autoritarismo tecnocrático anónimo y el totalitarismo que se presenta en forma democrática, concentran toda la estupidez reductiva al buscar únicamente el «optimum de felicidad», el «nivel de vida». Esto es la lógica del poder que permite el «apretón de manos» entre las dos «barbaries civilizadas», por encima de la cabeza y con el común pie materialista, separando la cuestión de los medios de la de los fines, promoviendo el afán del «tener» sin «ser» y fomentando la razón funcional-instrumental del «homo calculans» (25).

Estamos asistiendo a una ofensiva generalizada contra el principio de autoridad, contra la naturaleza y el ambiente, contra el hombre radicado y el hábitat humano, contra los sentimientos, la moral y la virtud. La desacralización y la profanación de las cosas mismas hacen fidedignas aquellas palabras de F. J. Sheed: «El hombre destruye lo que no reverencia» (26). Incluso la ofensiva que antes mencionábamos, se da contra el producto genuino, contra el respeto y la escucha atenta de la na-

(23) PLATÓN: *Diálogo «Gorgias» o de la retórica*, 507c-509a.

(24) A. ROSMINI: *Frammenti di una storia della impietà*, consultar *Apologetica. Opere varie di A. ROSMINI*, Milán, 1840, págs. 321-431.

(25) M. F. SCIACCA: *El oscurecimiento de la inteligencia*, ver la segunda parte, caps. II-IV.

(26) F. J. SHEED: *Sociedad y sensatez*, Edit. Herder, Barcelona, 1963.

turalidad y su equilibrio (27). La ofensiva, por supuesto, se da también contra el espíritu religioso en la educación de la juventud. De ahí el fomento de una humanidad secularizada y el predominio de lo funcional y de lo impersonal, «sin escolta de alma» (28), preocupados únicamente por el rendimiento, la vanidad y el orgullo.

La «democracia» sin democracia sólo trata de «persuadir», como dice Platón el Gorgias (29) cuando critica la mala retórica. Y esa «máquina para aprender» en que se convierte la escuela que prescinde de la «sabiduría» acerca del hombre, implanta la nueva «Trinidad»: poder, eficiencia y éxito, base del colectivismo productivo-consumista que, vacío de «ideologías», todas ellas ya «reajustadas», se presenta en forma de un socialismo incoloro, así como un humanitarismo genérico. De ahí el surgir del tecnocratismo liberal o socialismo aristocrático, que pretende edificar la «torre de la estupidez» (30): una construcción ya intentada, que no respeta ningún valor y engendra la conciencia nihilista. Ya Vico decía aquello de «Se non siasi pio, non sipuò esser saggio».

La educación, tal como es entendida hoy día por los estamentos públicos, es incapaz de formar a los hombres, que por suerte, dice Sciacca, no se fabrican en serie, ni les ayuda a formarse por sí mismos sin matarles espiritualmente, o ser ellos mismos el objeto de la educación, y no medios «perfeccionados» de bienestar y de utilidad social, o «sujetos» adaptados al máximo rendimiento en la economía de una sociedad (31). Es lo

(27) Consultar las obras de C. DERRICK: (*La creación delicada: una contribución cultural contra la destrucción del ambiente*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1987) y de G. THIBON: (*El equilibrio y la armonía*, Edit. Rialp, Madrid, 1978).

(28) G. THIBON: *Op. cit.*, ver el apartado «El culto y el desprecio del cuerpo».

(29) PLATÓN: *Gorgias, o de la retórica*, 452e-467d.

(30) M. F. SCIACCA: *Il magnifico oggi*, Città Nuova Editrice, Roma, 1976, consultar apartados I, II, XV, XLVI y XLVII.

(31) M. F. SCIACCA: *En espíritu y verdad. Op. cit.*, apartado VI: Educar.

que Schumacher dice en su obra *Guía para perplejos*: los hombres ya no saben nada sobre las cosas que realmente valen la pena y lo más lamentable, no es que los científicos se especialicen, sino más bien que generalicen. Así, sigue diciendo Schumacher, este «imperialismo científico», siguiendo el lema baconiano-cartesiano de dominio de la naturaleza por el hombre, pierde el factor cualitativo de las cosas y de sí mismo, cultivando las «ciencias para manipular» y olvidando las «ciencias para comprender» (32). «El mundo moderno, dice este pensador, tiende a ser escéptico hacia todo lo que exija utilizar las facultades superiores del hombre. Pero no se muestra escéptico ante el escepticismo, porque apenas exige nada» (33). Ahora bien, si nuestro mapa de la vida anotado, no puede mostrarnos dónde se sitúa «el bien» y cómo puede alcanzarse, no sirve para nada (34).

El hombre actual no hace caso de aquellas palabras de Santo Tomás cuando decía que es más deseable el mínimo conocimiento de las cosas más elevadas, que el conocimiento más cierto de las de menos categoría. Ocurre, pues, que «nuestra mente ordinaria trata siempre de convencernos de que no somos nada más que bellotas y que nuestra mayor felicidad consiste en convertirnos en bellotas mayores, más gordas y brillantes; pero esto sólo interesa a los cerdos. Nuestra fe nos hace conocer algo mucho mejor: podemos convertirnos en encinas» (35). ¿Habrá fracasado el experimento moderno? ¿Habrá fracasado la nueva torre de Babel?: Platón, San Agustín, Sciacca, Pieper, Goritcheva, Derrick, Schumacher, Thibon, Balmes, Torres i Bages y un largo etcétera nos dicen que sí. Pero es Cristo quien ya nos dijo que sin Él, el hombre nada podía y que en vano se afanan los hombres si la piedra angular falta en la construcción de la sociedad.

(32) E. F. SCHUMACHER: *Guía para los perplejos*, Edit. Debate, Madrid, 1981.

(33) E. F. SCHUMACHER: *Op. cit.*, pág. 91.

(34) E. F. SCHUMACHER: *Op. cit.*, pág. 189.

(35) E. F. SCHUMACHER: *Op. cit.*, pág. 193.